



© El Conde Gitano

## El imposible adiós a un entrañable genio del cante

LOS genios gitanos del cante suelen morir jóvenes, por eso la orfandad en que nos dejan sumidos a los aficionados es mucho mayor, más sentida, más desoladora. Con sólo cincuenta y cinco años murió tuberculoso Manuel Torre. Y cuarenta y siete años tenía Terremoto cuando lo sembramos en la tierra para siempre. Ahora, solamente cuarenta y un años y casi siete meses sumaba el Camarón de la Isla, ayer cuando murió. Había nacido el 5 de diciembre de 1950 y seguía siendo un niño grande que cantaba «pa mori».

En 1988, además de redactar su «voz» para el «Diccionario Enciclopédico Ilustrado del Flamenco», le dedicamos a Camarón de la Isla un capítulo en nuestra obra «Maestros del Flamenco», posiblemente la semblanza más amplia y el análisis más detenido de su arte que se había escrito hasta el momento.

Hoy, cuando nos conmueve la noticia de su muerte no por esperada menos dolorosa, estamos en la tarea de escribir un ensayo sobre su obra flamenca, con destino al libro que le rendirá homenaje póstumo, bajo los auspicios de la VII Bienal de Flamenco Ciudad de Sevilla, en el septiembre que viene. Y después de intervenir en el programa de nuestro paisano Paco Lobatón en Radio Nacional de España, con un auténtico nudo de emoción en la garganta, me dispongo a grabar un especial de mi espacio radiofónico «El cuarto de los cabales» de Radio 1, porque la entidad artística del Camarón de la Isla es tan significativa en su género, que en estos momentos acapara la atención de la afición flamenca del mundo entero, no en vano, junto a Paco de Lucía y Manolo Sanlúcar, ha sido el flamenco más famoso de la historia.

Por eso, precisamente por eso, por esa total convicción que tengo y acabo de expresar debo escribir con la sensación o mejor, con la certeza, de que el adiós al Camarón es un imposible insoslayable. Al Camarón lo vamos a tener presente durante todo el tiempo futuro que alcance el arte flamenco.

Lo sabíamos todos inmortal desde hace tres décadas. No se ha tenido que esperar para considerarlo un inmortal al día de su muerte, es el día, según un filósofo, en que nacen los hombres para quienes vivir fue morir trabajando en el yunque de la inmortalidad.

Ayer escuchábamos el último disco de José Monge Cruz,

que apareció días pasados cuando ya se sabía irreversible su enfermedad, por eso, «Potro de rabia y miel» quedará para siempre como uno de sus hits discográficos más difundidos, pero hay que reconocer que toda su discografía es reflejo de su personalidad cantora, de esa estética jonda que levantaba con su voz agriexcelsa, con su dulcedumbre sonora, con su titiribundi, con su quejío heridor que no hiriente, con los dones flamencos con que nos fascinaba y levantaba el vello.

Fui testigo, el pasado mes de enero de su última actuación en público en el Colegio Mayor San Juan Evangelista de Madrid, con motivo del tradicional Festival del Taranto. Y cantó con toda su magia y con toda su innata y magistral sabiduría pero también con un rictus en el semblante y en la voz muy especial, y en su pelea con el cante El Camarón siempre peleaba el cante de tan quererlo sentir notamos un deseo muy específico de entregarse y de querer cantar mejor que nunca.

En fin, en este imposible adiós al genio cantador de nuestra época, no hay que olvidar que su proyección rutilante, rutilante hasta el punto de llegar a esa fama grandiosa que antes apunté, ha estado designada por una fidelidad a la tradición pero a la par emarcada en una evolución flamenca realizada con sentido y en aras de su dominio del compás esencialmente.

El Camarón de la Isla, trajo al cante un «sonío» distinto, tan terrible como melódico, de repente trágico y de súbito donoso, enamorado de sensibilidades. Y su influencia ha sido rotunda, una influencia que incluso afecta a la afición, buena parte de la actual creada por él mismo, porque con su forma de cantar ha puesto al cante flamenco a tono con las corrientes musicales de hoy. Y esa, posiblemente ha sido su gran proeza artística. De ahí que sea imposible decirle adiós.

Manuel Ríos Ruiz

MUERTE



DE UN MITO

## La Isla, de luto

CAMARON ha muerto. Entre las 9 y las 10 de la mañana de ayer, los teléfonos de la Isla no cesaron de sonar. Alguien, al otro lado, decía a alguien que Camarón había muerto. En Barcelona.

A la Venta de Vargas llegó la noticia, quizá antes que a sitio alguno. Y todos los medios de comunicación, ya alertados, se dirigieron a la que fue su segunda casa y en donde nació y creció el mayor genio del cante de este siglo.

Con los ojos turbios por las lágrimas, María Picardo atendía el teléfono, que no paraba de sonar. A todos decía lo mismo y todos daban el pésame a quien tanto lo rozó en vida.

«Era un brujo. Como cantador era el más grande, pero como persona era todavía mejor, el más bueno, humilde y sencillo».

La verdad es que nadie quería aceptar que su mal era incurable y cuando se decía que el cáncer de pulmón estaba muy extendido y el desenlace se preveía para el ve-

rano, casi te mandaba lejos con los ojos. Lamentablemente, todo era cierto.

Las emisoras de radio de toda España, y las televisiones, lanzaron a las ondas las imágenes y los cantos de José Monge Cruz, el ya inmortal Camarón. Y la Isla puso las banderas a media asta y colocó el crespón negro de luto en el pendón blanco de la ciudad.

El alcalde, consternado, ofreció a la familia el Salón de Plenos para que se velara el cadáver del genial gitano de la Isla, y ultimaba los preparativos de sus exequias.

No se hablaba de otra cosa en la ciudad que aceleraba los trámites para nombrarlo Hijo Predilecto. Todo, en la mañana rabiosa de sol y de luz azul de ayer jueves, sonaba a petenera gitana, a bordones de luto, a quejíos de dolor. Todo era luto, denso luto, impotente y terrible luto en la ciudad que lo vio nacer hace cuarenta y un años.

Nadie ha nacido más grande, ni más humilde, sencillo y bueno. Es lo que decían todos.

Enrique Montiel

## La voz que rompió la droga

CAMARON de la Isla. En vida fue un ídolo; muerto, un mito. Murió sin sucesión. Pero su voz suena, una y otra vez, en mis oídos en esta calurosa mañana de julio. Su voz suena como un lamento, como un desgarrado lamento, para todos nosotros. Camarón de la Isla: murió sin dejar sucesión. La voz de José Monge hace suyo nuestro grito de impotencia, de tristeza y soledad.

A Camarón, así lo bautizó su tío Joseico, le gustaba cantar por derecho. «Yo nací para hacer arte a base de *jondura*». Este gitano rubio y blanco, hijo de fraguero y canastera, nació hace 41 años en la Isla de León. Todos los viejos cantaores y aficionados de la época coincidieron en calificarle de «niño prodigio». De él dijo Mairena: «Canta gracioso», mientras que Caracol fue más lejos: «Ese niño es un dulce».

Porque su voz tenía magia, porque su estilo rompió moldes, Camarón consiguió, sin proponérselo, ser una leyenda viva. El era consciente de ello, pero le daba vergüenza admitirlo. «Mi timidez, mi introversión, es algo que me paraliza a la hora de hablar. Uno piensa una cosa, y las palabras casi siempre acaban traicionándole». Prefería cantar, y que su voz, a veces desgarrada, a veces intimista, se metiera en la piel de la gente.

Tuvo dos pasiones en su vi-

da: el cante flamenco y sus hijos. De su arte decía que «es muy difícil definirlo. Para mí, el flamenco es algo que se siente y no se siente. Si te pone los pelos de punta, es bueno; si no, no lo es. No hay ninguna técnica, no existe ninguna fórmula para analizarlo». Camarón, gitano él, rompió el círculo vicioso de la tradición en que se movía el flamenco. Los gitanos son muy tradicionales en sus costumbres, en sus ritos, en sus leyes y para ellos todo lo que sea viejo y rancio es puro; del mismo modo que todo lo que es evolución no es pureza.

«Dicen que conmigo se han roto esos moldes. No lo sé. Lo único que digo es que me gusta cantar por derecho, y si por mi forma de decir el flamenco se entiende que soy un vanguardista, pues muy bien». Y a renglón seguido se preguntaba si Caracol estaría de acuerdo con eso de la «evolución» que se le apunta a Camarón. «Caracol ha sido el monstruo más grande que ha dado el flamenco; pasarán siglos para que salga otro fenómeno como él. Sin embargo, cuando estaba cantando y aparecía Caracol «me descomponía, no sé por qué», mientras que «con Mairena me encontraba muy a gusto», recordaba Camarón cuando se ponía a soñar con la niñez.

Y el chiquillo, rubio y blanco, delgado y gitano, fue haciéndose hombre y arrastran-

do tras de sí a una millonaria legión de admiradores, y superventas discográficas. Del «sitio» que llegó a ocupar se sentía especialmente orgulloso. «Verás», me confesó una vez, «a los gitanos nunca se nos ha dado el sitio que merecíamos en la sociedad. Somos una gente con una intuición especial, que desde la marginación adoptamos el flamenco como cosa propia y lo hemos especializado y pulido...».

De entre sus recuerdos siempre destacaba la figura de Antonio Chaqueta, «un cantador al que nunca jamás se le ha hecho justicia». De él aprendió los complejos contratiempos y trabalgas que dominó como nadie. «Chaqueta tuvo una decisiva influencia en mi cante, en mi forma de expresar el flamenco, y eso quiero que se sepa siempre».

El cante le aliviaba las penas, «me quita cosas de la cabeza». Cogía una guitarra, se enrollaba y se le quitaba el mosqueo. «De cualquier manera, la depresión me aporta lucidez». Pero no era así. Camarón confundía la lucidez con la euforia que le provocaba, según cuenta la leyenda, una droga llamada *caballo*, a cuyos cascos un mal día dicen se entregó.

Y desde entonces los rumbos desatados no pararon de sonar. «Está hecho un despojo; va a destruirse por la droga; ojalá acabe superándolo; deb-

ría desintoxicarse en una clínica suiza...».

Fama y leyenda, admiración y comprensión. «¿Vendrá hoy a cantar? Igual está *morao* y no aparece». Quienes le querían trataban de disfrazar la realidad; quienes le querían acabaron, al fin, convenciéndole para que se apartara de tan fatal compañera...

Lo intentó, lo consiguió, pero demasiado tarde, haciendo buena su propia filosofía: «Si tienes que hacer algo, esfuerzate, inténtalo, porque resulta que no hay mañana, que todo es hoy, y si dejas pasar la ocasión, mañana cuando despiertes ya habrá pasado».

Camarón se ha ido, pero mientras él reposa o grita allá abajo, en el mundo de las sombras, nosotros podemos continuar oyendo su voz y sus palabras, cargadas de un patetismo póstumo que sobrecoge. Camarón fue un desastre de hombre, mejor dicho, era «mucho hombre» para tan poco sitio como le dejaba el reducido mundo de la música, el reducido mundo de su propio cuerpo. Por eso terminó. Como hacía con todo, cuando lo superaba, lo arrojaba de sí. No es de extrañar que este hábito que arrollaba etapas, lo arrollase a él mismo cuando no se lo esperaba.

La voz de Camarón hace suyo nuestro grito de impotencia, de tristeza y soledad en este caluroso día de julio...

Paco Perea